

Indudablemente, antes del inicio del proyecto PRISMA.

”Tú! hypocrite lecteur!, mon semblable, mon frère”

Una casa al norte de su casa, hogar, por decir algo. Lejos. Quizás no demasiado lejos, pero sí lo suficiente para que a efectos prácticos fuese indistinguible de lo que resultaría si se encontrara al doble de distancia.

Lejos, al norte. Dónde servidor, un urbanita, puede descubrir que, además del olor a ciudad y a pueblo, existe el olor a granja, a abono y a fertilizante. Un olor nauseabundo que se presenta a ráfagas, cómo los estados de ánimo de una persona bipolar. A las ráfagas es difícil acostumbrarse, aunque uno suela ser una de ellas. En la ciudad, en el tiempo, en las celebraciones, en la comunicación. Una cantidad insignificante de materia durante un breve espacio de tiempo. Una nimiedad en el espacio y en el tiempo. Simplemente un conjunto finito de eventos del espacio de Minkowski. Tan irrelevante como una sola habitación del hotel de Hilbert.

Lejos, al norte. En un lugar dónde las mañanas amanecen blancas y tupidas. Espesa niebla que tiene como génesis las brumas fluviales de la cuenca del T***. La niebla se alza cada mañana, como si tuviese un despertador. ¿Y si lo tiene? Quizás el amanecer, quizás la desaparición de la luna, quizás un gallo que canta en una granja. Quizás se alza tras pasar demasiado tiempo sin presenciar un fracaso del ser humano. Con algo de suerte cuando llegue el mediodía la bruma se habrá levantado para irse a descansar y así estará fresca y húmeda para alzarse de nuevo cuando vuelva a sonar su despertador. Se podría especular largo y tendido acerca de este muro gris y físico (y a la vez intangible) que siempre se encuentra a un par de metros de ti.

Lejos, al norte. Dónde la humedad es reina y señora de todo, y el frío es su príncipe. La ropa tendida no se seca ni en una semana e, incluso, cuando uno se refugia entre cuatro paredes sus exhalaciones se vuelven visibles durante la mayoría de meses del año. Quizás el muro gris sea la unión de muchas exhalaciones, de muchas porciones de vida que abandonan los cuerpos. Ya hemos dicho lo mucho que podía especularse al respecto.

Lejos, al norte. Dónde la reina y su príncipe convierten el asfalto en una superficie espejada. Hielo. Así es como los desplazamientos matutinos (lejos, al norte) se transforman en yincanas y recordatorios de lo fácil que nos resulta caer. Sólo los bípedos tienen la osadía de llamar caer a encontrarse con su cabeza a la altura de sus pies.

Lejos, al norte. Dónde el príncipe, y su reina, propician la aparición de una imagen repulsiva. Allí a los coches se los arropa de noche, para protegerlos de sus altezas reales, y así estar seguros de que a la mañana siguiente nada impedirá a sus propietarios ver el muro gris que tendrán a un par de metros de sus ojos. Aunque quizás no sea la razón que lo motiva este acto pragmático parece un

reflejo crudo e irónico de una tendencia al alza: el culto a los objetos inertes. Antes nuestros hijos eran de nuestra propiedad. Ahora nuestras propiedades son nuestros hijos. Sólo nos falta cantarles nanas.

Lejos, al norte, en una casa al norte de su casa, hogar, por decir algo. Allí dentro hay un dormitorio, habitado por un individuo. Pongamos que el despertador de la niebla ya ha sonado. El del individuo no. Oscuridad, e incluso si se quiere un sonido: como de una *intro* de un tema de los putos *Óssep*.

De golpe...

-Riiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiing.

Se despierta.

Una mano ágil, pero perezosa, apaga el despertador. El sonido onírico deja paso al sonido sensible. Tenue canto de gorriones y chillidos de gaviotas que se aventuran considerablemente en el interior. Hay un vertedero al norte, pero cerca de donde nuestro individuo está lejos. La oscuridad del sueño se ve reemplazada por la luz difractada que entra por las finas ranuras de unos párpados que se entreabren, luchando contra la fuerza de cohesión que ejerce entre sus pestañas el engrudo amarillento que allí se ha formado durante la noche. Legañas.

La luz que se difracta al entrar en las grietas que forman sus párpados es la luz que ha rebotado en los diferentes objetos de la habitación, luz que ya venía difractada al entrar entre las finas rendijas que hay entre las láminas de una persiana que no se ha cerrado completamente. Fotones nativos del sol que viajan durante ocho minutos por el espacio y su vacío y que se difractan, rebotan y se vuelven a difractar antes de colisionar con los conos y los bastones de las retinas de un ser insignificante, e insignificado.

Todo este caos lumínico resulta molesto a nuestro individuo, quizás por la excitación repentina de sus sensores oculares o bien porque su actividad encefálica le permite condensar todo este batiburrillo de frentes de onda y fases para reconstruir el entorno material en que el que lejos, al norte, en una casa al norte de su casa, hogar, por decir algo, estaba, hasta hace poco, durmiendo.

En la habitación que dibuja el encéfalo se pueden ver dos mesitas de noche con tres cajones cada una, una a cada lado de una cama de matrimonio que está siendo palpada por la mano ágil, pero perezosa. Frente a la cabecera de la cama, en el otro extremo de la habitación, la luz que percute en la retina ha dibujado un armario de tres cuerpos. Dos de ellos tienen puertas de hoja doble y el tercero, el de más a la izquierda (desde el punto de vista del individuo), es de hoja simple. En las puertas de dos de los tres cuerpos hay espejos, superficies especuladas. En la distancia intermedia entre el cabecero y el armario encontramos otro espejo y la ventana por la que entran los nativos solares. Igual que las mesitas uno a cada lado: el espejo a la diestra y la ventana a la siniestra. En lo que a muebles se refiere también hay un par de sillas. Todo el cuadro se completa con múltiples botellas de cerveza vacías que hace seis horas estaban llenas y restos materiales

provenientes de procesos regulares y frecuentes de psicoactivación. La atmosfera acre y un tanto rancia del aire confirma tal suposición, junto con su garganta irritada y el regusto metálico que siente en el paladar dentro de su boca pastosa.

Murmullos ininteligibles de pereza. Se incorpora. Mira los múltiples espejos, los detesta. Le recuerdan que en la habitación no hay nada ni nadie bello que estos puedan reflejar y, muy probablemente, jamás lo habrá. También le recuerdan que está solo, lejos, al norte y que nunca ha sido nada más que una ráfaga. Una ráfaga solitaria.

Llevaba poco tiempo viviendo en esa casa, pero en ella sentía lo de siempre y aún peor, sobre todo en su habitación en que los espejos amplifican las sensaciones. Trataba de trasladar su suplicio a los espejos, pero estos siempre se los devolvían. ¿Qué si no? Son espejos, es lo que hacen. Es su naturaleza, esa esencia precede a su existencia. La naturaleza de un espejo es reflejar, devolver. La naturaleza del ser humano es errar y acaparar.

De esta suerte intentaba transferir sus problemas a los espejos, buscando entonces la manera de hacerles un favor y al mismo tiempo hacérselo a sí mismo. Tan burdo mecanismo no le funcionaba, era incapaz de autoengañarse, pero lo intentaba. También se dice que en la naturaleza del ser humano está tropezarse varias veces con la misma piedra.

<<Espejitos, espejitos... tendré que daros una oportunidad.>>

Estaba planteándose abrirse un perfil en una aplicación para el móvil. He aquí un dispositivo que servía para comunicarse y que le demostraba que nadie tenía interés en comunicarse con él.

<<Al final me tendré que abrir un T***. Los espejos se lo merecen.>>

La mano ágil, pero perezosa, sigue palpando la superficie del colchón, en su práctica totalidad desierta. A nuestro individuo se le ocurre otro favor que hacerle a la materia inerte.

<<Te tengo que estrenar con alguien.>>

Aquí tenemos a un tonto ser humano que dota de voluntad a los objetos inanimados en su incapacidad de reconocer y admitir sus propios anhelos. Un proceso en que la diferencia esencial entre persona y espejo se reduce cada vez más. O quizás jamás ha habido diferencia. ¿En qué consisten los primeros juegos de los niños pequeños? ¿Qué nombre tienen aquellas neuronas tan especiales?

Vuelta lenta y pesada en la cama. Acaba en la misma postura y en diferente posición. Un desplazamiento en que se podría pasar del estado inicial al final con una traslación pura. Sigue teniendo que satisfacer anhelos, pero ahora ya no son suyos, son de sus inertes.

<<¿Una foto o dos? ¿Con un cigarro, un psicoactivador, nada? ¿Con chaqueta o sin? Si pongo una foto con chaqueta y son optimistas pondrán bajo la chaqueta lo que quieran encontrar. Aunque tal vez ser optimista consiste en que te parezca bien lo que ves sin ir más allá. Pensándolo bien no lo tengo tan claro. ¿Sería yo capaz de apreciar a alguien optimista?>>

Odia a sus inertes, pero desea cumplir sus voluntades. Las voluntades que les ha querido dar.

<<Se ve que también se puede poner un texto. ¿Qué hostias escribo? ¿Escribo? Viene a ser un poco lo mismo que con lo de la foto y el abrigo, ¿no?>>

Bosteza y farfulla, aunque muy probablemente el farfullo no sea continente de nada. Nada más que una acción tonta para mostrar cansancio y hastío. A nadie en este caso, a no ser que ya haya llegado al punto de querer mostrárselo a sus inertes.

La mano ágil, pero perezosa, abandona la cama y empieza a palpar una de las mesitas tratando de localizar algo que su cerebro busca. No lo encuentra. Ahora la otra palma palpa la otra mesilla.

<<¡Bingo!>>

Anoche dejó un psicoactivador a medias. Lo reanuda mientras remolonea en la cama. Al terminarlo tira la porción no-psicoactivadora del psicoactivador al suelo, en un rincón. Se da media vuelta en la cama. Queda cabeza abajo. Reposa un poco. Lanza una mirada de reojo a su despertador. Le queda media hora para salir al exterior y andarse con ojo con los espejos resbaladizos del suelo. Todavía ha de vestirse y desayunar. Ya seguirá pensando en estas cosas luego. Total, ¿qué otra cosa tiene que hacer?

.....

Lejos. Al sur. Esta vez muy al sur.

En su período vacacional ha decidido ir a la parte más meridional del estado.

Un paisaje de manchas verdes y rojizas sobre una tierra negra. Todo ello rodeado de un azul oceánico.

ESPEJO:

Del norte al sur.

ESPEJO:

Del frío al calor.

ESPEJO:

Del interior a un interior en un exterior. Siempre le había gustado el agua. Esta vez su propósito era aprender a ver peces.

ESPEJO:

De estar solo a seguir solo, habiendo pagado un buen dinero.

Los espejos intercambian la quiralidad de aquello que reflejan.

Aun y así reflejan lo mismo.

Quizás no estaba solo. Quizás era solo.

Quizás ni se reflejaba. O su reflejo no podía contemplarse. Las ráfagas son rápidas y sus reflejos también.

“Para hacer bien el ¿? hay que venir al sur”